

EL MISTERIO DE LAS TETAS FEMENINAS

“Cuando un hombre dice que mira a los ojos a una mujer, en realidad le mira las tetas.” Eso piensan algunas, decepcionadas del sexo masculino. Exageran. En realidad, algunos hombres miran los ojos de las mujeres durante unos instantes, antes de dedicarse a lo de verdad interesante, es decir, a las tetas. Incluso hay quienes, después de contemplar las tetas un ratito más o menos largo, condescienden en elevar la vista hacia el rostro. O sea, que no hay para tanto.

¿Pero son los varones responsables de la dirección de su mirada o, por el contrario, son simples víctimas de la perfidia femenina, que los fascina y los priva de voluntad? A esta trascendente cuestión dedicaremos la columna.

En busca de ayuda, acudí a un detective de tendencias homosexuales, el famoso Sherlock Holmes. Su homosexualidad lo convierte en un árbitro imparcial en este terreno resbaladizo:

- Elemental, querido Watson –me contesta-. Antes de preguntarse por qué los hombres miran los pechos a una mujer, habría que averiguar por qué las mujeres poseen dichos apéndices. Está relacionado con los labios. ¿Por qué tenemos labios? Sin embargo, usted ha hecho la pregunta equivocada. En realidad, los varones no suelen mirar los pechos de las hembras.

Mientras habla, se ha ido acercando a mí y, como por accidente, su mano se posa en mi muslo. Me levanto y pongo distancia por medio. Esto le enoja, y como además no le he traído su cocaína, porque el camello de Baker Street está de vacaciones, me expulsa sin darme ninguna indicación más.

Ya en la calle, recapitulo. Uno: ¿Por qué las mujeres poseen tetas? Dos: ¿Por qué tenemos labios? Tres: Según Holmaes, los varones no suelen mirar los pechos de las mujeres.

Después de varias semanas de inútiles pesquisas, tengo que darme por vencido y volver a Holmes. Espero que no se dé cuenta de que he cortado la coca con talco. Es que en Oxford Circus está muy cara.

- Elemental, querido Watson –dice Holmes con una sonrisa de superioridad, mientras enciende su pipa y deja de tocar el violín-. ¿Por qué tienen pechos las mujeres?

- Para dar de mamar –respondo, perplejo.

- Se equivoca, Watson –replica-. La mayor parte de un pecho femenino está compuesto por grasa; no sirve para nada. Bueno, sí: para molestar al correr y para que los niños mamen con dificultad si la madre no les ayuda con la mano. Los demás mamíferos se las apañan perfectamente con mamas pequeñas y pegadas al cuerpo, excepto aquellos que hemos modificado para que proporcionen enormes cantidades de leche. Y eso nos lleva a la siguiente pregunta: ¿Por qué tenemos labios?

- No sé. ¿Para comer mejor?

- ¿Qué son los labios? Mucosa expuesta a la intemperie, para que se queme con

el sol y se corte con el viento. Ningún animal los posee. Son inútiles, desde cualquier punto de vista. Aunque debo admitir, querido Watson, que, aunque resulten inútiles, sus labios son preciosos.

- Gracias.

- Con estas pistas, usted debería ser capaz de solucionar el misterio.

- Le confieso, Holmes, que para mí, sigue tan oscuro como el primer día.

- Pues bien, querido Watson, todo empezó hace unos cuatro millones de años—dijo Holmes, lanzando bocanadas de humo de su pipa-. Como acaba de demostrar un tal Darwin, por entonces éramos animales simiescos que andábamos a cuatro patas.

- ¡Eso es ridículo!—replico. Todos saben que el mundo fue creado unos cuatro mil años antes de Cristo.

- Y, sin embargo, es así. Pero dígame: ¿Cuál es su sentido predominante?

- La vista.

- Así era también en el caso de nuestros antepasados cuando se pusieron en pie, y eso fue un problema, porque para ellos, las hembras eran atractivas sólo cuando andaban a cuatro patas. Los machos dejaron de hacerles caso. Pero ellas, pérfidas como Eva, idearon una forma de engañarles: les crecieron unas mamas protuberantes que parecen...

- ¡Unas nalgas!

- En efecto, querido Watson. Y no se conformaron con eso, sino que en su astucia también desarrollaron unos labios, unos labios del mismo color que una vagina.

- ¡Santo cielo, Holmes! Pero los hombres también tenemos labios.

- En efecto. Parece que, según las investigaciones de un monje llamado Mendel, ciertos caracteres pueden ir asociados al sexo, pero otros no. Los labios se transmiten por igual a hombres y mujeres. Pero observe cómo el engaño en la hembra no sólo yace en su cuerpo, sino también en su comportamiento: No satisfechas con las armas que la naturaleza les ha dado, las mujeres se pintan de rojo los labios, para simular una vagina excitada.

- ¡Cuánta maldad!—exclamo, indignado.

- Por eso le dije que los hombres, cuando miran el pecho de las mujeres, no lo miran en realidad. Ellos están mirando unas nalgas.

- Luego los hombres son...